

A photograph of a woman's face, partially obscured by snow and ice. Her eyes are closed, and she has a serene expression. The background shows a vast, snowy mountain range under a clear sky. The overall color palette is dominated by whites, blues, and greys, creating a cold and ethereal atmosphere.

Durante la nevada

LUIS ROSO

PREMIO DE NARRATIVA CIUTAT DE VILA-REAL 2020

En las Navidades del año 1968, el cuerpo de la joven Rebeca Sanromán fue hallado en una laguna helada en las inmediaciones de un pequeño pueblo de montaña al norte de Burgos, sin que se hallara nunca al responsable de su asesinato.

Diez años después, dos reporteros de un diario provincial viajan hasta el lugar para escribir un artículo sobre el crimen: Miguel, un periodista de raza, formado en los años más oscuros del franquismo, y Esmeralda, una joven idealista criada a la sombra de su estricto padre.

La investigación periodística, que se preveía anodina, pronto se convertirá en una compleja trama en la que Miguel y Esmeralda verán peligrar sus carreras profesionales y hasta sus propias vidas, mientras que el país entero bulle por los vertiginosos cambios políticos y la violencia desatada en los primeros años de la Transición democrática.

*Durante la nevada*, de Luis Roso, resultó ganadora del premio de narrativa Ciutat de Vila-real 2020.

El jurado, formado por Juan Vicente Centelles, Gregori Dolz, Eric Gras, Eduardo Pérez e Imma Pitarch, anunció el veredicto en la ciudad de Vila-real el 17 de julio del 2020.

Hasta la Laguna Negra,  
bajo las fuentes del Duero,  
llevan al muerto, dejando  
detrás un rastro sangriento,  
y en la laguna sin fondo,  
que guarda bien los secretos  
con una piedra amarrada  
a los pies, tumba le dieron.

ANTONIO MACHADO,  
*La tierra de Alvargonzález*

## 1

Despertó con una sensación extraña, como de no haber descansado lo suficiente, pese a que había dormido toda la noche de un tirón. Era la proximidad del mal tiempo, se dijo, que le había roto los ritmos de sueño. El otoño había sido inusualmente cálido y benévolo, apenas habían bajado de los cuatro o cinco grados en las madrugadas más frías, y se podían contar con los dedos de una mano los días de lluvia. Pero según los informativos, a partir de aquella jornada el panorama iba a cambiar drásticamente. Desde la media tarde, coincidiendo con el inicio del invierno, se esperaba la primera gran nevada de la temporada. Toda la provincia estaba en alerta. Los colegios de los pueblos más remotos habían cancelado sus clases, y los equipos de emergencias estaban prevenidos para lo que pudiera suceder.

Aquel no iba a ser el primer invierno de Miguel en Burgos, sino el segundo, por lo que esta vez él también estaba prevenido. Había revisado los neumáticos, las cadenas y el líquido anticongelante del coche; se había provisto de ropa de abrigo y calzado de calidad —piel y cuero, nada de material sintético—; había comprado velas y pilas en abundancia; y también acumulado víveres para varios días. Igual se había pasado un poco de la raya, pero sabía que otros años la nieve había provocado apagones y desabastecimiento en la propia capital, y prefería no correr riesgos.

Se levantó de la cama y salió de la habitación, con cuidado de no hacer ruido con la puerta. Beatriz no tenía que madrugar, aunque normalmente se despertaba en cuanto Miguel comenzaba a trastear por la casa, por más que él

procurase no armar escándalo. Ya en la cocina, puso a hervir el café y encendió la radio. Tenía marcado con un rotulador rojo el lugar exacto del dial donde sintonizar la cadena de música que lo acompañaba cada mañana. Casi nunca escuchaba las noticias antes de poner un pie en la redacción. Consideraba necesario ese tiempo de desconexión, casi de reflexión, antes de meterse de lleno en el análisis de la actualidad. Claro que llamar «análisis de la actualidad» a su labor en *El BURGALÉS* era como mínimo pretencioso. Las noticias importantes llegaban siempre con retardo, a veces de unos minutos y a veces de varias horas, además de que en la ciudad no había quioscos que suministraran prensa internacional, y ni mucho menos corresponsales extranjeros a los que acudir para conocer cómo estaban las cosas más allá de las fronteras españolas. No es que Burgos fuese el fin del mundo —había destinos mucho peores, más apartados—. Pero Miguel igualmente se sentía un desterrado al estar tan lejos de la capital del Reino. El largo terremoto que venía produciéndose en el país desde la muerte de Franco, y que ya había consenso en denominar «Transición» —una palabra que a él le resultaba tremendamente fría y contenida, que palidecía al compararse con el término «Revolución» con que los portugueses se referían a su también reciente cambio de régimen—, apenas si se dejaba notar en aquel lugar más que como un pequeño temblor, un leve escalofrío. Las voces y opiniones vertidas en Madrid llegaban hasta allí como en sordina. Como si para hacerlo tuvieran que superar un extenso trecho no solo físico o geográfico, sino también temporal, de varios meses o incluso años de distancia.

A las ocho en punto, terminado el desayuno y ya vestido y aseado, Miguel entró en el dormitorio a despedirse de Beatriz. La encontró levantada, con el rebusco de sábanas en las manos y la ventana abierta a su espalda. Llevaba el pelo recogido en un moño sobre la cabeza y el pijama de felpa rosa que ella misma se había regalado las pasadas Navida-

des. Le caía algo grande: se lo había comprado de una talla superior a la suya para estar más cómoda, lo que le daba el aspecto de una niña pequeña con una prenda que aún debía rellenar con el crecimiento. Aunque no parecía probable que fuera a rellenarlo nunca: en los seis años que llevaban casados, Beatriz no había engordado un solo kilo, no le había aparecido una sola arruga, y ni tan siquiera una cana que hubiera de enmascarar con tinte. Era como si al cumplir los treinta y ocho —los que ella tenía cuando se conocieron— su cuerpo hubiera dicho «hasta aquí», y hubiera decidido instalarse indefinidamente en aquella fase de su desarrollo, la más perfecta —a juicio de su esposo— por situarse en el término medio entre la juventud y la vejez.

Él, en cambio, era un hombre totalmente diferente al de seis años atrás. Había ganado peso, había perdido pelo, y la frescura de su rostro se había ido consumiendo a ojos vista. Tenía solo cuarenta y cuatro años, pero se sentía un sexagenario. Beatriz no lograba entender la causa de ese deterioro, que se había acelerado sustancialmente desde que dejaran Madrid. Allí, en Burgos, Miguel trabajaba mucho menos que antes, e incluso había dejado la bebida y rebajado el número de cigarrillos que fumaba a diario. Ella no lograba entender lo que sucedía, pese a que Miguel había tratado de explicárselo. Había tratado de que ella entendiera que para quien está habituado al ajetreo, las prisas y los contratiempos, una vida demasiado quieta y ordenada puede ser tan perjudicial para la salud como cualquier mal hábito.

—¿Vendrás a comer? —preguntó ella, sacudiendo las sábanas.

—Según cómo se dé la mañana. Pero espero que sí.

Habían instituido la rutina de que los miércoles Miguel se escapaba del trabajo durante un par de horas para comer en casa, porque de otro modo no comían juntos más que los fines de semana, y Beatriz había leído en una revista que no era bueno para el bienestar del matrimonio que

los cónyuges se vieran solo al entrar y al salir de la cama. Según la revista, eso creaba la ilusión de que se vivían vidas separadas. Era importante, insistía Beatriz, que los dos percibieran que compartían algo más que el colchón donde dormían. A Miguel esa idea, la de que la salud de su matrimonio dependiera del número de horas que pasaran juntos, le resultaba ridícula. Pero tampoco le costaba tanto ir a comer desde el trabajo una vez por semana para contentarla.

—Hoy voy a probar a hacer lentejas —dijo ella.

Beatriz era mala cocinera, y en general mala ama de casa. Esto a Miguel le parecía una sola de sus muchas virtudes. Jamás hubiera podido enamorarse de una mujer cuya máxima aspiración fuera casarse, tener hijos y cuidar del hogar. Beatriz era una mujer inteligente y autónoma, que en el momento de conocerse no necesitaba nada de él. Ella por entonces trabajaba como secretaria en uno de los medios asociados al antiguo periódico de Miguel, vivía sola, y tenía su existencia perfectamente organizada. El noviazgo y el matrimonio no habían supuesto para ninguno de los dos una ruptura con sus rutinas, más allá de las mínimas exigidas por la convivencia. Cada uno había conservado su trabajo, sus aficiones y sus amistades. La suya había sido una relación que se había ido estrechando poco a poco de forma natural hasta derivar en amor, sin grandes quebrantos ni concesiones por parte de nadie.

Quizá por esto mismo, el golpe que recibieron en octubre del año anterior fue todavía más difícil de encajar. No fue solo que Miguel tuviera que abandonar su trabajo y aceptar aquel puesto en Burgos casi como un obsequio — un favor que, tirando de agenda, le concediera su antiguo director—, sino que en su caída la había arrastrado también a ella, a su esposa, que se había visto obligada a dejarlo todo y acompañarlo a él en su exilio. Para evitarlo, Miguel se llegó a plantear continuar en Madrid, donde, aunque con muchos apuros, hubieran podido salir adelante los dos con



el sueldo de ella, puesto que él no iba a encontrar trabajo en ningún medio de comunicación de la capital ni a corto ni a medio plazo. Pero también estaba la otra cuestión: las amenazas, los anónimos, las pintadas en el portal. El peligro real de ser agredidos en la calle. O hasta de que el coche saltara por los aires cuando uno de los dos girara la llave en el contacto.

—Si surge algo y no puedo venir, te llamo —se despidió Miguel, besándola en la cara.

Fuera, la temperatura estaba varios grados por debajo de cero, y su coche, un Seat 131 color verde botella, que había elegido Beatriz y que él detestaba porque le recordaba a uno de la Guardia Civil, no arrancó hasta el quinto intento. Avanzó entonces despacio, por temor a las placas de hielo, a través de la avenida General Sanjurjo, que corría en paralelo a la ribera del Arlanzón —también había sido mala suerte, pensaba a menudo, que el único apartamento que les gustara estuviera situado en una avenida con ese nombre—. Habitualmente, iba caminando al trabajo, lo que le llevaba alrededor de veinte minutos. Solo tomaba el coche los miércoles para poder regresar a casa para comer con Beatriz y los días en que hacía mal tiempo. Aquella mañana se cumplían las dos condiciones.

La redacción aún estaba vacía cuando llegó. En su anterior periódico en Madrid, a las siete la redacción era ya un hervidero de gente pegando gritos y corriendo de un lado a otro. En *El Buralés*, sin embargo, era corriente que el personal se fuera incorporando paulatinamente a partir de las ocho, en orden proporcionalmente inverso a su edad y la relevancia de sus cargos, de tal modo que el director, don Alfredo, no solía dejarse ver hasta cerca de las nueve.

Miguel se sentó en su cubículo y comenzó a repasar la pila de diarios que cada mañana le esperaba en su mesa. Esa era su rutina hasta que alguien iba a encomendarle alguna tarea, lo que a veces no ocurría hasta bien entrada la mañana, cuando ya había terminado con los diarios y había

pasado a leer una revista, un libro, a dibujar monigotes o, simplemente, a admirar el perfil de la ciudad desde los ventanales de la redacción. A pesar de que llevaba un año y medio trabajando allí, y de toda su experiencia en otros medios de mayor nombre, Miguel carecía aún de un puesto fijo en alguna de las secciones. Don Alfredo lo aprovechaba comúnmente de comodín, haciéndole saltar de una sección a otra según le pareciera: política, economía, sucesos, cultura, deportes, sociedad... No había una sola que a esas alturas Miguel no hubiese probado ya. A él no le disgustaba esta situación, porque esa variedad conseguía hacer su día a día un poco más llevadero.

Miguel apenas había comenzado a leer el primero de los periódicos —en concreto, la crónica del asesinato del exetarra Joaquín María Azaola Martínez, presuntamente a manos de sus antiguos compañeros por ser un confidente de la policía—, cuando notó una mano sobre su hombro. Al volverse encontró el rostro de Esmeralda pegado al suyo, como si se hubiera inclinado a besarlo en la mejilla pero en el último momento se lo hubiera pensado mejor.

—Estamos jodidos —le susurró ella al oído.

Esmeralda era mucho más joven que él. De hecho, era la empleada más joven del periódico. Acababa de cumplir los veintiséis y había entrado formalmente en plantilla solo tres meses antes, después de más de un año como meritaria. Al igual que él, tampoco ella tenía un lugar fijo en la redacción: con la firma del contrato, su situación legal había cambiado, pero a efectos prácticos continuaba ocupándose de las mismas tareas que antes, aquellas de las que nadie quería ocuparse, la principal de ellas mantener provistos de café al resto de redactores. Ambos, Miguel y Esmeralda, bromeaban a menudo con que entre los dos habían formado algo así como una sección propia: la de los apestados, los ninguneados. Él, por el lastre de su larga y exitosa trayectoria anterior, que más que admiración generaba recelos entre sus compañeros; ella, por ser demasiado atractiva

—era pelirroja y muy alta, con ojos verdes—, demasiado joven y demasiado idealista para que la tomaran en serio.

—¿Por qué estamos jodidos? —preguntó él, volviéndose.

—Don Alfredo nos convoca a su cueva.

—¿A estas horas? Se debe de haber caído de la cama.

—Habrá venido antes por lo de la nevada. Hoy va a ser un día movidito.

Miguel cerró el diario y se levantó con desgana. Era cierto que aquel día podía complicarse. Todo dependía de la dimensión de la nevada y de la hora a la que se desata-se. En la gran nevada del año anterior, la redacción se había convertido en un verdadero caos. Probablemente, había sido el único momento en año y medio en que Miguel había podido percibir allí dentro el ambiente habitual de una auténtica redacción de noticias, con el aire cargado de sudor y aroma a café y cigarrillos, y los teléfonos y teletipos funcionando a pleno rendimiento.

—¿Sabes para qué nos quiere exactamente? —preguntó Miguel.

—Ni idea. Solo me ha dicho que te busque y que bajemos a verlo.

El despacho de don Alfredo estaba situado en la entreplanta del edificio. Era un cubil angosto y sin ventanas, de ahí el sobrenombre que le habían buscado los empleados, «la cueva», que el propio don Alfredo usaba también habitualmente. Había sido concebido como almacén para trastos viejos, pero don Alfredo había sabido decorarlo para sacarle el máximo partido. Las paredes eran de un blanco amarilleado por el tiempo y la nicotina que contrastaba sobremanera con el verde electrizante de las numerosas plantas de plástico que ocupaban la estancia.

Para sus más de sesenta años, don Alfredo se conservaba estupendamente —efecto del frío de Castilla, solía decir cuando estaba de buenas—. Flaco y de cabello gris, portaba unas lentes de alambre redondas sobre su nariz de ave

de presa, y vestía siempre traje negro o gris con corbata del mismo color, independientemente de la época del año.

Los recibió sentado tras su mesa, con un manojo de facturas y hojas de cuentas desplegado ante sí, como una baraja de cartas dispuesta para un truco de magia.

—Siéntense —ordenó, sin levantar la vista de los papeles, lo que hizo que Miguel y Esmeralda intercambiaran una mirada de inquietud—. Estos de contabilidad ya han vuelto a liármela —refunfuñó, guardando los documentos en un cajón—. No sé ni para qué los tengo en nómina, si al final soy yo quien tiene que ocuparse de llevarlo todo al día. Cuando yo falte, todo esto se irá a la porra. En fin, ¿qué trabajo tienen pendiente para esta mañana?

—Yo, hasta ahora, nada —respondió Miguel.

—Yo tengo un par de cosillas —indicó Esmeralda—, pero nada que no se pueda dejar para más adelante.

—Tengo algo de lo que quiero que se ocupen —anunció don Alfredo, estrechando sus manos al tiempo que hablaba y colocándose las frente a la boca, como si se dispusiera a iniciar un rezo, un gesto que realizaba a menudo para dar gravedad a sus palabras—. Es una idea que se me ocurrió anoche. Puede que sea algo precipitado, pero creo que debemos intentarlo. —Hizo una pausa breve para extraer un paquete de Fortuna y un mechero del bolsillo de su pantalón. A continuación, con la misma mano con que sostenía el cigarrillo, señaló un mapa en relieve de la provincia colgado en la pared a su derecha—. Zarza de Loberos, ahí arriba, en la vertiente sur de la cordillera Cantábrica, pegando casi al País Vasco. ¿Les suena de algo?

Miguel y Esmeralda negaron con la cabeza mientras buscaban el nombre entre la maraña de localidades y accidentes geográficos del mapa.

—Usted, Miguel Ángel, no es de aquí, y usted, Esmeralda, hace diez años era todavía una cría —continuó don Alfredo—. Por eso el nombre no les dice nada. Pero les aseguro que si preguntan a sus compañeros de redacción, o a

cualquier persona que se encuentren por la calle, la respuesta sería afirmativa. Tristemente, en esta provincia todo el mundo ha oído hablar de Zarza de Loberos.

Con cierta parsimonia, don Alfredo se levantó y agarró lo que parecía otro montón de papeles de una repisa sobre su cabeza, en la que además había una foto suya con su recientemente coronada majestad tomada en un viaje que don Alfredo había hecho la semana anterior a Madrid. La Casa Real había organizado un sarao con intención de mejorar el entendimiento entre la institución y los directores de las cabeceras locales y provinciales del país. El rey Juan Carlos, en atuendo civil, miraba a la cámara con una sonrisa sincera pero cansada mientras estrechaba la mano de don Alfredo. Este sonreía con un suave toque de servilismo, lo que casaba perfectamente con la línea editorial de su diario, monárquica y conservadora *ma non troppo*, según solían definirla con sorna sus propios empleados.

—He venido temprano esta mañana para sacar esto del archivo —dijo don Alfredo, depositando los papeles sobre la mesa—. Echen un ojo y díganme qué opinan.

Eran un puñado de páginas de periódico, la primera de todas, la portada de *El Burgalés* con fecha del 26 de diciembre de 1968. El titular, a cinco columnas, decía: «Aparece el cuerpo de la joven Rebeca Sanromán». Más abajo, en la entradilla: «Fue hallado en la mañana de Navidad junto a la orilla de la laguna Umbría, en las proximidades del municipio». La fotografía en blanco y negro que acompañaba el texto no era de buena calidad. Aun así, en ella se apreciaba un bulto cubierto con una sábana blanca sobre lo que parecía un terreno pantanoso. Había algunas rocas y matojos de hierbas alrededor, y lo que se intuía eran las piernas de un par de personas situadas a pocos metros. La fotografía parecía haber sido tirada desde cierta distancia y con demasiada precipitación, posiblemente en un descuido de quienes custodiaban el lugar.

—En su día, me gané una buena bronca por esa portada —señaló don Alfredo, con un punto de orgullo—. Fue mi primer y mi único encontronazo con la censura en más de treinta años de carrera profesional. Para cuando intentaron incautarse todos los ejemplares de la tirada ya se habían agotado en los quioscos. Además de la bronca, me gané también una buena multa. Pero qué menos que eso después de aquellos tres días en que estuvimos todos con el corazón en un puño. Me consta que hubo muchos párrocos de la provincia que esa Nochebuena, durante la misa del gallo, rogaron a Dios por la aparición de la muchacha, y que lo mismo hicieron en muchas casas durante la cena de Navidad. No creo que hubiera un solo vecino de la provincia que no pasara esas fiestas con el alma encogida.

—Sí, es cierto, yo de todo esto me acuerdo —afirmó Esmeralda de pronto—. De lo que no me acordaba era del nombre del pueblo. La chica esta, Rebeca Sanromán, era solo un par de años o tres mayor que yo. Recuerdo que me enteré de que habían encontrado el cuerpo escuchando las noticias, y que corrí a contárselo a mi padre. En mi casa no se habló de otra cosa durante esa tarde.

—Yo no había vuelto a pensar en nada de esto hasta ayer —dijo don Alfredo—. Pero resulta que anoche, por la radio, escuché decir que la peor parte de la nevada se la iba a llevar la zona norte de la provincia, y citaron varios pueblos, entre ellos Zarza de Loberos. Estaba ya metido en la cama, y me quedé un rato rumiando el nombre sin saber por qué. Al final, me vino todo a la cabeza. Recordé el crimen, y, lo más importante, recordé que había ocurrido exactamente en las Navidades del año 68, hace justo ahora diez años.

Miguel estaba leyendo las páginas donde se detallaba la noticia de la portada. Rebeca Sanromán Sánchez, de diecinueve años, había desaparecido la madrugada del 22 al 23 de diciembre mientras regresaba a casa por un camino de montaña, tras acudir a una función navideña que había

tenido lugar en la plaza Mayor de su pueblo. Algunos vecinos la habían visto durante la función, pero nadie la había vuelto a ver pasadas las diez. Un familiar había dado la voz de alarma a la mañana siguiente, y poco después la Guardia Civil había preparado una partida de búsqueda compuesta por agentes y vecinos, sin ningún resultado. No se produjo ningún avance en la investigación hasta el mismo día 25, cuando el cuerpo había sido hallado en el interior de una laguna glacial a pocos kilómetros del lugar de la desaparición. Según los informes preliminares, la chica había muerto como consecuencia de un único golpe en la base del cráneo, que le había sido infligido con un objeto contundente, posiblemente una roca, sin que el cuerpo presentara signos de lucha o forcejeo, ni tampoco de violación.

—Tuvieron que picar el hielo de la laguna para sacarla —apuntó don Alfredo—. Dijeron que gracias al frío el cuerpo se conservó intacto, que parecía talmente que estuviera viva.

—¿Llegó a resolverse? —preguntó Miguel, doblando las páginas con cuidado—. ¿Se pudo averiguar quién la mató?

—No. Hubo varios sospechosos, pero al final todo quedó en el aire. Apenas se volvió a hablar del tema después de que la encontraran.

—¿Qué es exactamente lo que quiere que hagamos? —preguntó Esmeralda, devolviendo al montón las páginas que ella había tomado para hojear.

—He pensado que estaría bien que, aprovechando el aniversario, publicáramos un reportaje recordando el caso, donde explicáramos cuál es la situación actual del pueblo y de los protagonistas, cómo ha cambiado todo en estos diez años, cuál es el recuerdo que queda del crimen en los vecinos, etcétera.

—Me parece una buena idea —convino Miguel—. Pero ese tipo de reportajes retrospectivos llevan mucho trabajo, porque no solo habrá que desplazarse a ese pueblo y reali-